

Las líneas divisorias

por Empar de Lanuza

El Sr. Ingenio está satisfecho: ha conseguido un trabajo de oficial Tercera en la oficina de correos de la ciudad. Sus amigos le han felicitado. El Sr. Ingenio sonríe. Le entusiasma la correspondencia. Él recibe mucha. Por eso, este nuevo oficio le ha encantado.

Hoy estrena su trabajo y el trabajo le estrena a él. También ha estrenado un guardapolvo azul marino para no ensuciarse la ropa.

Su puesto está detrás de una mesa de madera antigua. Tiene que esperar

el oficial Segunda que le indicará cuál es su trabajo.

—¿Es usted el Sr. Ingenio?— le pregunta un hombre de delantal gris perla.

—Sí, sí— afirma el nuevo, muy satisfecho.

—¡Soy el oficial Segunda!

—¡Ah, mucho gusto!— dice el Sr. Ingenio haciendo un movimiento para estrecharle la mano. El oficial Segunda prescinde de este gesto y le dice:

—Su trabajo es el siguiente:

¿Ha comprendido?

—¡Sí, perfectamente!

—¿Se encuentra capacitado?

—¡Creo que sí!

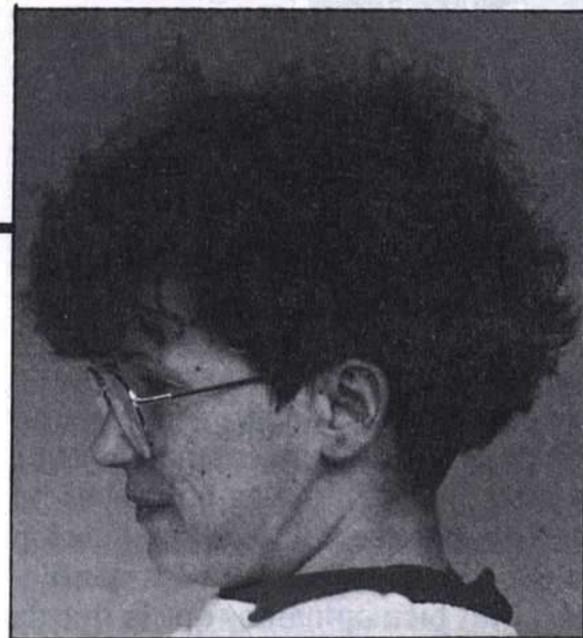
—Pues, ¡a trabajar!

El Sr. Ingenio mira a derecha y a izquierda. Los hombres y mujeres que trabajan junto a él están ocupados con centenares de sobres rotulados.

Empar de Lanuza

Siempre me resulta difícil escribir cuatro líneas sobre mí misma. Hacer ficción es diferente porque en este caso son los personajes quienes hablan, actúan, manifiestan sus gustos o sus aversiones y, aunque puedan participar de cosas mías, son la suma de todo lo que he descubierto en otras personas.

Soy capaz de recordar pequeñas incomodidades de los amigos, por ejemplo, a A le molesta que se le introduzca arena entre las uñas; a M^a J. le da dentera el sonido de polietileno; a G se le desatan los cordones de los zapatos cada cinco minutos; P se tapa los ojos cuando ve alguna cosa que le da miedo; a E a menudo



le duele el estómago... También conozco sus costumbres, así, P se estira el bigote cuando habla; V abre los ojos exageradamente cuando se sorprende... Y cosas que les gustan: A se duerme cada noche conectado a una radio, oyendo música clásica; P de vez en cuando se deja una barba como la de D. Pantuflo, el padre de Zipi y Zape; a M le brillan los ojos de una manera especial cuando mira a M^a J...

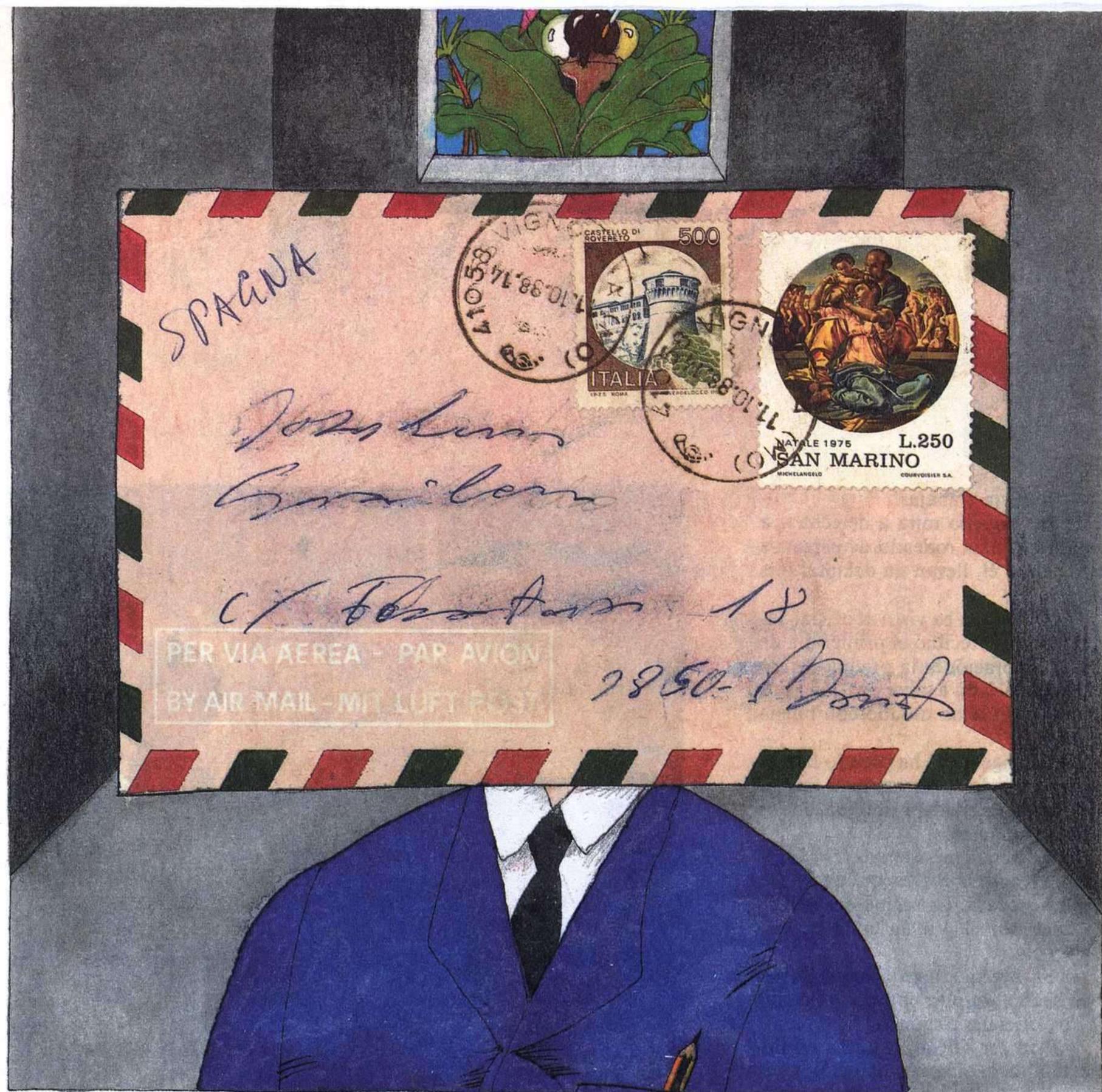
La atención a estos detalles, producto más

de la estima que de un frío análisis, es lo que me identifica a las personas. Puede que en alguna ocasión lo utilice para describir un personaje, del mismo modo que usaré aquello que me gusta o me disgusta a mí misma.

Por otra parte —y ahora cuento cosas mías— como hay tanto que observar, no me suelo aburrir. Aburrirse es no saber encontrarle interés a aquello que nos rodea. No me aburro porque existe la música, la literatura, los animales y todo lo que crece de los árboles que veo por la ventana, y mi colección de cosas nuevas, por estrenar.

Una cosa que estrené hace tiempo es la afición a las plantas. Cuando dispuse de un espacio para cultivar, me compré unas cuantas plantas, las intercambié con los amigos y vecinos y dediqué un estante a acumular libros sobre este tema.

Si he de ser sincera, mi terraza no era un modelo de estética versallesca, pero sí un pequeño —y relativamente desordenado— laboratorio doméstico, donde plantaba bulbos,



JESÚS GABÁN.

La desaparición del oficial Segunda ha dejado la mesa de madera antigua del Sr. Ingenio, llena de sobres rotulados. Éste comprueba que estén

simientes, esquejes y donde fumigaba o podaba cuando era necesario.

Aprendí nombres —algunos muy extraños— de plantas y estudié y esperé con ansiedad su época de floración y de reproducción.

Puede que algún día descubra el interés por las aves migratorias o que me vaya a vivir junto al mar.

Pero antes de todo eso estudié pedagogía y me dediqué al trabajo con niños que tenían dificultades para seguir el ritmo de la escuela. Y comencé a decirles cosas en forma de historias de reyes y de brujas. Después tuve que elegir y escogí la literatura.

Actualmente, además del trabajo que he de hacer para vivir —que no tiene nada que ver con la enseñanza ni con la literatura— dedico diariamente tiempo a mis hijos y a escribir, que es lo que más me interesa. Ah! y también me gusta ver junto a mis hijos la serie televisiva de dibujos animados «Leo y Fred» por la simpatía y ternura de sus personajes, así como por la calidad de las historias y de las ilustraciones.

correctamente cerrados y los va depositando en una cesta metálica, tal como se le ha indicado.

—¡Qué trabajo más curioso!

Cuando suena el timbre se quita el guardapolvo, lo cuelga en la percha destinada a los azules y se encamina a su casa.

Hay correo en su buzón. Va a recogerlo pero cambia de idea. Le molesta pensar que un oficial Tercera habrá pasado toda una mañana intentando sorprender un sobre cerrado *no cerrado*, sin haber podido fantasear sobre el lugar de procedencia de la carta ni sobre el origen del remitente o del destinatario. Eso le contraría.

Hace ya un mes que el Sr. Ingenio tiene este trabajo. Durante este tiempo ha podido hablar con tres oficiales y un oficial Tercera, como él. Les ha tomado simpatía.

—No se presentan muchos casos de sobres cerrados *no cerrados*— le dicen.

El Sr. Ingenio piensa:

—En ese caso, no tiene ninguna emoción este trabajo. Me haré oficial Segunda.

Estudia, trabaja, hace méritos y, al cabo de dos meses, ya es oficial Segunda.

Todos le felicitan, incluso sus compañeros, oficiales Tercera. Sus amigos lo hacen con más expresividad.

Ahora ha estrenado un delantal gris perla y una mesa metálica.

—¿Es usted el Sr. Ingenio?— le pregunta un hombre de bata blanca.

—¡Sí, soy yo!

—¡Soy el oficial Primera!

El Sr. Ingenio se ahorra ofrecerle la mano.

—¿Cuál es mi trabajo a partir de ahora?— pregunta.

—El siguiente: ¿Ha comprendido?

—¡Sí, perfectamente!

—¿Se encuentra capacitado?

—¡Creo que sí!

TINTA FRESCA

—Pues, ¡a trabajar!

El Sr. Ingenio mira a derecha y a izquierda. Está rodeado de personas que, como él, llevan un delantal gris perla.

En un rincón ha visto al oficial Segunda que le recibió el primer día de su incorporación a la oficina de correos. No acierta a saber por qué, pero cree que no le ha mirado con buena cara.

El Sr. Ingenio se ha pasado la mañana llenando de sobres para revisar las mesas de madera antigua de los oficiales Tercera.

Hace ya tres meses que el Sr. Ingenio no recoge la correspondencia que llega a su casa. La vecina del tercero lo hace por él y se la apila en una banqueta.

El Sr. Ingenio tiene la suerte de haber hecho amistad con dos oficiales y dos oficiales Segunda.

—Pero ser oficial Segunda no tiene tampoco ninguna emoción— se dice. —¡Me haré oficial Primera!

Trabaja, estudia, hace méritos y, al cabo de dos meses, ya es oficial Primera.

Ya tiene bata blanca, una mesa de metacrilato, un despacho para él solo y dos listas de nombres: una escrita con tinta gris perla y otra con tinta azul marino.

A solas ha comprendido cuál es su trabajo. Revisa las listas y ve los nombres de sus amigos entre los oficiales Tercera y Segunda, y piensa:

—Si revisar sobres cerrados es poco emocionante, revisar listados en gris y azul donde te encuentras amigos, todavía lo es menos. ¿Qué habrá por encima de oficial Primera?

Sale de su despacho y camina por el pasillo donde se encuentran alineados los despachos de los oficiales Primera, que siguen un orden alfabético, pero a la inversa: oficial Primera F, oficial Primera E, oficial Primera D... hasta que llega al del oficial Primera A.

Pasa de largo y encuentra una puer-

ta diferente. De color naranja. Esperanzado, la abre.

Mira tímidamente y sólo ve un rotulador fluorescente encima de una mesa. Siempre le ha gustado dibujar; es bastante ingenioso en ello y le entran unas ganas terribles de probar el color, pero no encuentra ningún papel.

Entonces abre la ventana y mira afuera, como si estuviera admirando una pintura. Después calcula las dimensiones y aprecia la perspectiva con ojos entornados y, con la precisión de un artista, traza una línea diagonal que, tocando únicamente en un punto el marco de la ventana, va desde el cielo a la heladería de la acera de enfrente.

La línea queda tan marcada como la que deja a su paso un potentísimo avión.



JESÚS GABÁN.

El Sr. Ingenio sonríe con complicidad. ¡Esto sí que promete ser emocionante!

Su rostro adopta cierto aire de malevolencia. Mira a derecha y a izquierda. Afortunadamente, ¡está solo!

Se encarama a la repisa de la ventana y, limpiamente, tal como haría un funambulista experimentado, tantea la diagonal con un pie para comprobar si está suficientemente tensa. Cuando ha adquirido seguridad, eleva el otro pie y comienza a caminar por ella con alegría.

Ya ha descubierto que puede ir más allá del oficial Primera A, de bata blanca.

Y, a paso lento, majestuoso, abandona la oficina de Correos. Por la tangente. Dispuesto a comerse el helado más exótico que encuentre en la tienda. ■